

Hoy imagino la alegría de mis padres, mis abuelos, mi suegra y tantas personas que ya no están, pero que estarían profundamente felices de vernos aquí, en esta tierra tan amada, recibiendo un reconocimiento. Una tierra que vio nacer a mis antepasados y que sigue latiendo con vínculos entrañables con México.

Hace más de treinta años tomamos una decisión que transformó nuestra vida: dedicarla a hacer brillar el corazón de México, especialmente el de Oaxaca. Desde entonces, cada mañana nos levantamos con la convicción de que siempre es posible hacer el bien, de que cada día ofrece una oportunidad para sembrar esperanza en la vida de alguien más.

En cada proyecto hemos buscado tejer comunidad, ir a la raíz, tocar la esencia para dibujar realidades más luminosas y justas. Nada florece en soledad. Trabajamos en equipo, nutriéndonos unos de otros, aprendiendo que las raíces se fortalecen cuando se entrelazan.

Nuestra vocación nace de una convicción profunda: el amor por México, un país que resplandece por sus siglos de sabiduría, por su identidad viva, por la fuerza de su memoria. Hemos tenido el privilegio de contribuir a dar sentido y oportunidades a millones de personas a través de la educación, la cultura, el deporte, la salud y el cuidado del medio ambiente.

Y, cada acción, incluso la más pequeña, adquiere grandeza cuando transforma la vida de los demás. Por eso, mi voluntad ha sido capitalizar mis fundaciones para que cada esfuerzo y cada recurso se destine a la construcción de realidades más dignas, más humanas y triunfadoras.

El mundo hoy necesita paz. Requiere de espacios donde podamos sentirnos seguros, instituciones que inspiren confianza, lugares que promuevan la convivencia, la reflexión, el juego y la creación. Eso es precisamente lo que hacemos: abrir puertas, motivar encuentros.

La filantropía nos ha enseñado que los países no se separan por líneas en los mapas. Son los encuentros los que desdibujan las fronteras. En un mundo herido por la división, las naciones crecen cuando acogen; los límites se vuelven pequeños cuando el corazón se ensancha.

Creemos profundamente que la identidad, la memoria y las raíces son pilares que sostienen a nuestras sociedades. Al cabo de los años, en las grandes capitales o en los pueblos que hacen brillar la grandeza de México hemos insistido en rescatar su memoria y su patrimonio cultural. Así, en cada página recuperada, en cada lienzo, en cada retablo y en cada iglesia restaurada, late también la herencia compartida entre España y América: una historia compleja, sí, pero también fecunda, que nos ha dado lengua, cultura y horizontes comunes.

Cuando compartimos raíces y propósitos, el mundo deja de dividirse y comienza a encontrarse. Cada historia nos recuerda que servir es también aprender, que ayudar es, en el fondo, un acto de profunda gratitud.

Callia

FUNDACIÓN

El liderazgo auténtico es, ante todo, humanismo: es tender puentes, abrir caminos, escuchar y abrazar diferencias. La Fundación Callia lo sabe bien. Por eso este premio nos conmueve, porque no reconoce solo una trayectoria, sino el impacto real en la vida de tantas personas que son la verdadera razón de nuestro esfuerzo.

Rodeados de personas que tanto amamos, recibir este reconocimiento en España nos confirma que no existen distancias cuando existen raíces, por ello, expresamos nuestra alegría y agradecimiento a la Fundación Callia.

Sobre cimientos compartidos, darnos la mano unos a otros es la forma más profunda de cuidar lo que todavía puede florecer.

Muchas gracias.